[274-30]

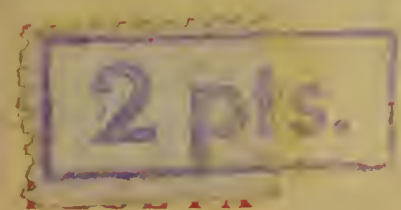
EL SEÑOR LIBORIO

Comedia en dos actos, original de

FELIPE PÉREZ CAPO

Personajes de la comedia:

Clarita
Agustina
Doña Ramona
Una mujer
Doncella
Señor Liborio
Don Cristino
Nicanor
Federico
Don Angel
Un hombre
Criado



EL SEÑOR LIBORIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

ACTO PRIMERO

Interior de una prendería en la calle de Toledo, en Madrid. Al foro puerta de entrada a la tienda desde la calle. A la izquierda (del actor) hueco grande que se supone comunica con la trastienda. También se supone que ésta comunica con la vivienda de la familia del dueño. Ocupan la escena diversos muebles usados; entre ellos, una mesa y algunas sillas. En las paredes, perchas, relojes, cuadros, panoplias... Pendientes del techo, aparatos de luz eléctrica, faroles, lámparas, etc. Es de día.

(Al levantarse el telón, están en escena NICANOR, dependiente de la prendería, y UNA MUJER DEL PUEBLO, ajustando una mesilla de noche.)

NICA. Fíjese usté... que no es chapeá... que es maciza...

MUJER Maciza... de cajón de cebollas.

NICA. Lo mismo entiende usté de maderas que un servidor de viajar en *aroplano*. Esta mesilla, que quiera usté que no quiera usté, es de caoba refiná... un poco antigua, pero *súper*. Lo antiguo es lo que vale. *(La Mujer zarandea la mesilla.)* No le dé usté vueltas... Ahora va usté a los almacenes del centro, y no encuentra un mueble tan sólido, ¡de dónde! La fabricación moderna es de mírame y no me toques. Tó muy aparente; pero a la segunda mudanza, ¡pa encender el brasero!

MUJER Bueno, hombre; corte usté el chorro de las alabanzas. Porque me va usté a hacer creer que esta mesilla ha pertenecido a don Fernando sétimo. A lo práctico. ¿Qué pide usté por esa... pequeña joya?

NICA. Lo último, cuatro duros.

MUJER Se ha equivocao usté, pollo. Porque yo le pido el precio de la mesilla, y usté me da el del traspaso del establecimiento.

NICA. Ofrezca usté, señora.

MUJER Pa lo vieja que es... tres pesetas.

NICA. Vamos, usté se ha creído que es procedente de un escalo. Por ser pa usté, lo más último, siete pesetas.

MUJER Cinco, y ni media palabra más.

NICA. Cinco cincuenta, y hecho.

MUJER Bueno, hombre; por dos reales no vamos a venir en *Los Sucesos*. Oiga usté... ¿tendrá inseztos?

NICA. Es capaz. Pero eso no altera el trato.

MUJER ¡Qué gracioso! *(Le da unas monedas.)* Ahí va. Un laureano y cinco gordas.

NICA. ¿Dónde hay que mandarla?

MUJER Esperancilla, 84, bajo, letra B. *(Nicanor escribe.)* ¡Ah! Si no estuviera yo en casa, que me la dejen a la puerta. Ya sabe... Letra B.

NICA. Descuide, señora, que se la encontrará usté... al pie de la letra.

MUJER ¡Excesivamente gracioso...! Vaya, que usté se mejore. *(Vase por el foro. Nicanor la sigue hasta la puerta.)*

NICA. Va a ser difícil. Porque yo soy de lo más mejorcito del barrio. Pa que usté se entere.

(Sale AGUSTINA por izquierda.)

AGUS. ¿Con quién hablabas, Nicanor?

N.CA. Con una chulona, que me ha comprao aquella mesilla en medio de un tiroteo de cuchufletas. Desde que se abusa tanto del astracán, se está haciendo la vida imposible.

AGUS. ¡Calla! *(Se dirige al foro.)* Me pareció un coche.

NICA. No, mujer. Si todavía no hay tiempo de que vuelva el señor Liborio con los viajeros.

AGUS. ¡Ay, Nicanor! ¡Es que tengo tanta impaciencia por volver a verlos...!

NICA. Por volver a verlo. Habla con propiedá, Agustina. A verlo a él... a Federico... al otro sobrino, al preferido del señor Liborio. Una injusticia que subleva.

AGUS. No, hombre; todo tiene su justificación. Federico es hijo de la hermana... y el tío Liborio lo ha tenido a su lao toa la vida... Yo soy hija de un hermano, que vivía alejao del tío Liborio, porque no congeniaban; y cuando me quedé sin padre me recogieron aquí, porque les dió cargo de conciencia que yo anduviese sola por el mundo, habiendo un rincón pa cobijarme y una familia pa mirar por mí.

NICA. No, si el señor Liborio te quiere.

AGUS. Sí; pero ¡qué diferencia de cariño! Federico es su ojito derecho. Yo soy... yo soy casi una intrusa.

NICA. ¡Bah! No digas eso.

AGUS. ¡Pero si es la verdá! Ahora, que no te vayas a creer que le tengo envidia. Tó lo bueno que le pase a Federico, me parecerá poco todavía.

NICA. ¿Lo ves? Porque lo quieres muy *expresivismamente*.

AGUS. ¿Pa qué voy a negártelo? Lo quiero. Ahora quizá más que antes. Ya ves... Lo quiero más que cuando lo quería mucho.

NICA. Cuando tenías tus ilusiones de casarte con él.

AGUS. Ilusiones necias. El había nacido pa algo más alto. Yo debí comprenderlo desde el primer día. Pero, qué quieres, si así es la humanidá de tonta. Se emperra por lo que es difícil de alcanzar y no se fija en lo que tiene más a mano.

NICA. Vamos, hablas que... ni *Colombine*.

AGUS. Ahora, que, como yo, verás muy poquitas mujeres.

NICA. Tan bonitas como tú, contadas.

AGUS. Déjate de majaderías, que estoy hablando en serio. Una mujer que no fuera yo, precisa-

mente porque el hombre de sus ilusiones la despreciaba y se casaba con otra, se hubiese enrabiao, y se hubiese convertido en..., en... No sé cómo decírtelo.

NICA. En vitriolesca.

AGUS. Pero yo, no. ¿Yo quería verlo feliz a Federico? ¡Ni que decir tiene! ¿Va a ser feliz con esa señorita que ha llevao al altar? ¡Ni que decir tiene tampoco!

NICA. A lo mejor tiene que decir.

AGUS. Pos como ella lo va a hacer feliz, puede contar con tó mi afezto y con toa mi simpatía... porque la felicidá de mi primo Federico... era mi único deseo... el único...

NICA. Y lo has conseguido con ventaja, porque te has ahorrao los papeles, las amonestaciones y el *truchó.*

AGUS. ¡Qué tonto eres...! ¿Eh? ¡Ahora sí que es un coche! *(Nicanor va a la puerta del foro.)*

NICA. Has acertao. Es una manuela. Pero no viene más que el señor Liborio. Voy a ayudarle a bajar los bártulos. *(Desaparece.)*

AGUS. ¿Nada más que el tío? Pos, ¿adónde se habrán quedao los tórtolos?

(Salen por el foro Sr. LIBORIO y NICANOR, con varios objetos (sombrereras, porta-mantas, etcétera), y el segundo, además, con una jaula de loro.)

LIBORIO *(A Nicanor.)* Ten mucho cuidado con la cotorra, que creo que ya es un antojo.

AGUS. Tío, ¿y el primo?

LIBORIO El primo soy yo, que ya ves cómo vengo.

AGUS. ¡Pero si le pregunto a usté por Federico! Bueno; por Federico y por Clarita, su cara mitá.

LIBORIO Eso de la mitá, según y como. Porque en el aquél del hablar, te azvierto que es el doble. ¡Cuidao que charla! ¿Te has fijao en ese que vende por las calles la barrita pa pegar china, cristal y porcelana? Pos lo deja en mantillas.

NICA. Ya, ya me había yo fijao en ese detalle. El

día de la boda, ella fué la que dijo *que sí* a todo.

LIBORIO Nicanor... tú a lo tuyo.

AGUS. Bueno, tío: ¿en dónde ha dejao usté a la feliz pareja?

LIBORIO En el *restaurán* de la estación, tomando chocolate.

AGUS. Pero, ¿usté no ha tomao ná?

LIBORIO Yo, sí. Los líos y el coche. Verás... Llega el tren... Los dos venían asomaos a la ventanilla del vagón. Ella dando unas voces tan fuertes que apagaban el ruido de las ruedas. «¡Allí está papá Liborio! ¡Allí está papá Liborio!» Se ha empeñao en llamarme de esta manera. Pos ná más que parar la locomotora, empiezan a bajar cachivaches al andén, y a cada cachivache, ella decía inmediatamente: «¡Este, que lo lleve papá Liborio! ¡Este, que lo lleve papá Liborio!» Y a sus padres, que también les aguardaban en el andén... a esos no los cargaba con ná.

AGUS. ¡Vaya una distinción, tío!

LIBORIO Pos, mira, maldito si se lo agradezco. A Federico, el pobre, viendo lo que hacían conmigo, le parecía demasiao pa un hombre solo... ¡y que tié cuenta en el Banco de España! Pero ella... tú verás si no iba a ahogar la voz de tu primo, cuando había ahogao el ruido del tren... Nada... Ella seguía en el abuso de la palabra... «¡Este, que lo lleve papá Liborio...!» «¡Este, que lo lleve papá Loborio!» ¡Vamos, yo no sé por quién me ha tomado esa chica!

AGUS. Es la confianza.

LIBORIO Es que puede que me haya visto en su niñez, cuando yo iba por las calles con el saco al hombro, tres o cuatro sombreros sobre la gorra y *un porción* de jaulas viejas en la mano. Pero aquello pasó a la historia. Hoy tengo yo *parné* pa ahogar a toa la familia de ella.

NICA. Esto ya lo estaba yo viendo de venir.

LIBORIO Tú te callas. La jornada mercantil no te autoriza el comentario. Total: que Clarita se empeñó en que había que tomar chocolate en el *restaurán*, y les dijo a sus papás que pasaran y que fueran pidiendo.

AGUS. Y ¿usté?

LIBORIO Pos cargao con tós estos líos, me vi fuera del andén, empujao por Clarita, que se empeñó en que yo no debía tomar chocolate, porque, como no tengo costumbre, podía no sentarme bien.

AGUS. Y ¿usté qué dijo?

LIBORIO Chica, yo tuve que darla las gracias; porque... fíjate qué interés tan grande en conservarme la salú.

NICA. Señor Liborio: si usté me lo permitiera, yo le diría que tó ese interés... ¡miau! Es que a la señorita y a los papás les da fatiga de alternar con usté en público.

LIBORIO ¡Nicanor!

NICA. Y puesto a decirlo tó, le diré a usté que ellos han transigido con esta familia porque les hacía falta *la luz*... y Federico ha sido una alondra... y lo han cazao con el espejuelo de la educación de la niña...

LIBORIO ¡Nicanor!

NICA. Lo cual que yo creo que ha hecho una tontería, porque antes de dos meses, Federico no va a ser un marido.

AGUS. ¿No?

NICA. ¡No! Va a ser unos zorros.

LIBORIO ¡Nicanor, basta...! Déjanos hablar de nuestras intimidades.

NICA. Pero...

LIBORIO Tú... entretente con la cotorra. ¿Ves? Ya me ha puesto nervioso este chico. Yo puedo alternar donde alternen los demás, y Federico es tan prendero como yo, porque ya sabe que esta tienda algún día será suya... y Clarita se ha casao con mi sobrino sabiendo lo que él es y adónde viene ella. Lo que pasa, es que la han educao en un colegio interna y sabe mucho

y habla mu deprisa. Pero ná más. Y a mí me paece bien que Federico se haya casao con ella, porque ya ha pasao la época de que la mujer de un comerciante de la calle de Toledo gaste medias de lana y lleve pañuelo a la cabeza. El que tié el dinero que lo luzca. Y Federico... que pa eso he tenido yo mu buen cuidao de que estudiase pa bachiller en San Isidro... Federico se puede dar el postín de salir a la calle hecho un brazo de mar. con una señora perfumá, que lleve medias de seda, el descote por salva sea la parte y un sombrero con un pájaro del tamaño del que hay en la cúpula del Fénix. ¡Ojalá viviera su madre de Federico, que se la iba a caer la baba! Como a verbo en gracia, y me quedo corto.

AGUS. ¡Ay, tío...! Estoy oservando que tó lo malo se pega.

LIBORIO Tiés razón, chica. Sin querer, en esto de charlar, la estoy haciendo competencia a la mujer de Federico. Pero lo que te he dicho es el Evangelio. Aquí lo que hay que hacer es conservar la tienda, no salirse del negocio que ya tiene uno montao, y que es lo positivo. Pero dan las ocho, se echa el cierre metálico, y a vivir en grande... ora al Palace, ora a la Princesa... a gastarse los buenos duros que se han ganao con el sudor de la frente... de los que traen los muebles.

AGUS. Y ¿usté va a ir con ellos a tós esos sitios?

LIBORIO Yo, aquí, en la prendería, el tío de siempre. Por la noche, al cerrar la tienda, ca uno a donde le tire. A mí me sacas del dominó, y me axfixias. Es cuanto tenía que manifestar.

(Sale Un HOMBRE DEL PUEBLO por el foro.)

HOMBRE ¿El amo de la tienda... me hacen ustés el favor?

LIBORIO Pa servirle. ¿De qué se trata?

HOMBRE Se trata de que vea usté un mobiliario, por si le hace.

LIBORIO ¿Es cerca?

HOMBRE Aquí, en la calle del Carnero.

LIBORIO ¿Es de usté?

HOMBRE Por ahora, sí, señor,

LIBORIO ¡Ah, vamos! Cosas de pino, unas camas maqueás y una cómoda chapeá en caoba... Como si lo viera.

HOMBRE S'acelerao usté al clasificar. El mobiliario supradicho lo ha heredao mi señora de un solterón al que sirvió en sus buenos tiempos. Y como en casa no nos coge, y, además, es de otra esfera superior a la de uno, y además tiene unos recuerdos terribles... pos hemos decidido desprendernos de él.

LIBORIO Bien, bien... Ya se ira.

HOMBRE Carnero, tres, principal interior.

LIBORIO Nicanor, toma nota.

HOMBRE Le azvierto a usté que hay un secreter, ande el señor aquél guardaba los billetes y ni pa Dios se pueden abrir los cajones.

LIBORIO Nicanor, no tomes nota. Veste con aquí. *(Bajo a Nicanor.)* Y, calculando bien lo que puede valer la madera, no te me vuelvas sin traerte el secreter ese. ¿Comprendes? *(Alto.)* Pos nada... Ahí se va con usté el dependiente. Y celebraré que se arreglen en todo o en parte. Lleva facultades *onímodasi*

HOMBRE Muchísimas gracias.

NICA. Voy a coger la gorra. *(Bajo, al pasar.)* ¡Ay, Agustina, qué vida de perro!

AGUS. ¡Calla, que te pueden echar el lazo!

NICA. ¡Pos mira que si la del lazo fueses tú...!

LIBORIO ¡Anda, hombre! *(Bajo a Nicanor.)* Por lo demás, es un suponer, si vale diez le ofreces uno, y hemos terminao. *(Alto.)* ¡Anda, hombre!

NICA. Cuando usté guste.

HOMBRE Pos vamos. Ya verá usté... Hay un cuadro de la guerra de Melilla, que parece de Murillo. *(Vase foro con Nicanor.)*

LIBORIO Ese hombre o es un panoli declarao o es un guasón como una casa.

AGUS. ¿Le paece a usté que me lleve algunos cachivaches pa allá dentro?

LIBORIO No está mal pensao. Ponlos encima de la mesa del comedor.

AGUS. A pesar de haber venido tan cargao, está usté contentísimo. Se le nota a la legua.

LIBORIO Tú verás. Federico se ha criao aquí; aquí se ha hecho hombre; yo he sido pa él su segundo padre. Aquí tié su tranquilidá del mañana. Nadie más feliz que él, con el porvenir asegurao y unido pa siempre a la mujer de sus ilusiones. Yo también satisfecho, porque he luchao siempre por su felicidá, tú lo sabes. Cuando alguna vez lo he visto vacilar, porque Clarita era de una familia más empingorotá que la nuestra, yo lo animaba, picándole el amor propio. No ha faltao más sino que yo hubiera robao la chica y se la hubiese traído a casa.

AGUS. Ha sido usté muy bueno con él... con ellos...

LIBORIO Tó corazón. Si tú te enamoras algún día y yo puedo hacer algo por ti, lo hago... ya verás...

AGUS. Pos, yo, tío... yo... ¡Ay! Si usté se fija a tiempo...

LIBORIO En cuanto me fije, te ayudo a que te cases. No faltaría más. ¿Hay algo?

AGUS. Hay que... ¡Hay que me voy a llevar tó esto pa el comedor! No hay ná tío... No hay ná... *(Vase. -Mutis expresivo.)*

LIBORIO Ya lo habrá, muchacha. No te desesperes. Tó llega en este mundo, y eso... eso es de lo que no falla.

(Salen por el foro CLARITA, D.ª RAMONA, FEDERICO y D. ANGEL.)

CLARI. Aquí está papá Liborio.

LIBORIO Esperando a los tórtolos dentro de la jaula.

CLARI. Querrá usté decir, dentro de la leonera.

ANGEL Esta Clarita es el diablo.

RAMO. Es toda franqueza.

FEDE. Es toda alegría. El viaje de boda ha sido una completa diversión. Le hemos tomado el pelo a todo y a todos.

CLARI. ¿Te acuerdas de aquel revisor? Ibamos solos en el departamento; el revisor, desde el estribo, no hacía más que asomar la cabeza por la ventanilla, y nosotros, cada uno en su asiento, muy serios, como si no nos conociéramos.

FEDE. Y así tres horas. Era morirse de risa.

LIBORIO Yo no le veo la gracia.

ANGEL ¡Ah! Pues la tiene.

RAMO. Hay que tener mucha costumbre.

LIBORIO ¿De mirar por las ventanillas?

RAMO. No, señor. De gastar bromas. Con la inteligencia también se hace gimnasia. No sólo con el cuerpo.

LIBORIO ¡Ah, vamos! Por eso, las personas inteligentes a lo mejor hacen unas planchas colosales.

CLARI. ¡Mira, papá Liborio! ¡Qué satírico! Bueno; yo voy a mi tocador, a ponerme un poco curiosa. Pasa, mamá... Ya verás qué tocador tengo. Es una joya arqueológica. Siglo diez y ocho. Estaba aquí, en el departamento reservado — de lo que no quiere nadie, ¿sabes? —, creo que desde la revolución de septiembre. En vista de que no salía de él, papá Liborio nos lo ha regalado, le han puesto encima sesenta céntimos de barniz, y está que deslumbra.

RAMO. Es toda franqueza.

FEDE. Es toda alegría. Esa misma crítica ha hecho de todos los muebles de todas las fondas.

ANGEL En los colegios internos las imprimen ese carácter.

LIBORIO Sí, sí... ya, ya... claro...

CLARI. Tú, papá... mientras tanto, puedes ir a casa... a casa del sastre, a ver cómo va el gabán y el chaleco de fantasía... a ver cómo va todo... ¿Comprendes?

ANGEL Sí, hijita. Perfectamente comprendido. Vaya... Vaya, don Liborio...

LIBORIO Rebaje usté sin cuidao. Yo no soy más que el señor Liborio. Muy honrao de haber emparentao con ustés, y que sea por muchos años; pero el señor Liborio a secas. Hágame el obsequio, don Angel; y usté disimule.

ANGEL Pues, hasta luego, señor Liborio.

LIBORIO Así me gusta. ¡Ah! No se retrase mucho, que tengo gusto en que hoy comamos tós reunidos. Cocina madrileña, pero mú sabrosa.

CLARI. Advertencia importante. Se prohibe chuparse los dedos después de las sopas de ajo. Hasta luego, papá. Mamá, cuando gustes. Federiquín, ¿vienes?

LIBORIO En seguida, Tenemos que echar un párrafo... sobre el negocio.

CLARI. Sí, sí... Hagan ustedees algo de rebaja, a ver si se sale de estos gritos de la moda... de la moda del miriñaque.

RAMO. Lo dice todo como lo siente.

ANGEL Hice muy bien en ponerle Clara. Volveré pronto señor Liborio.

FEDE. Es la alegría andando.

LIBORIO A ti te parece bien, ¿no es eso? ¡Pues andando! *(Han hecho mutis Clarita y doña Ramona, por la izquierda, y don Angel, por el foro.)*

FEDE. A sus órdenes, tío.

LIBORIO ¡Quita d'ahí! Ya eres un hombre independiente... cabeza de familia... Ha terminao mi tutela. Hoy, por primera vez, vamos a hablarnos de hombre a hombre.

FEDE. ¿Breve? *(Un poco nervioso.)*

LIBORIO Telegráfico. Sólo se trata de darte unos consejos y unos duros. Quizá los consejos lleguen a producirte bastante más que los duros que te tengo ofrecidos. Mira... Es conveniente que desde hoy mismo te vayas enterando del tejemaneje de esta tienda. Algún día serás tú el dueño, y convendrá que hagas como hizo tu tío: No entregar tu negocio en manos agenas. Sobre todo, evitar este peligro. Es un pequeño sacrificio; pero está mu bien recompensao moral y material. Tú, mientras has sido un chiquillo, con tus juegos y tus estudios, no te has dao cuenta del cariño que se le toma a unas paredes como éstas, a unas puertas pintás y a unos muebles amontonaos.

FEDE. Sí, tío... Si lo comprendo...

LIBORIO De este rincón ha salido mi fortuna. Mi mayor alegría es pensar en que, cuando yo desaparezca, tú seguirás aquí con el mismo entusiasmo que yo tuve siempre; tú seguirás conservando lo que tantas y tantas fatigas me ha costao defender y llevar adelante.

FEDE. Sí, tío... sí... desde luego...

LIBORIO Es una tontería de viejo. Pero ya verás como tú también... si tienes un hijo... cuando te llegue este mismo momento de hoy... verás como te emocionas y como no puedes contener una lágrima, que no es de tristeza... que no es tampoco de alegría... que no sé explicártelo... pero que es una lágrima.

FEDE. Vamos, tío; tranquilícese usted.

LIBORIO Ya, ya pasó. Los hombres enteros vacilan pocas veces, y cuando vacilan es un segundo. A otra cosa. A lo prometido. Desde el día en que empecé a hacer las veces de tu segundo padre te consideré como un asociao a mi negocio. Mes a mes fuí separando pa ti la mitá de toas las ganancias, lo cual que las he considerao siempre como un depósito sagrao. ¡Con qué ilusión pensaba yo en la alegría tuya del día en que lo recibieras... y en la emoción del viejo al entregártelo! Son treinta y dos mil duros! ¡Paece un sueño! Una tienda de lujo produce *muchismo* menos. Toma... Aquí tiés el cheque del Banco.

FEDE. *(Sin decir lo que siente.)* Pero, tío, ¿a que esta prisa...? Maañna, por ejemplo...

LIBORIO Ofrecí entregártelos a la vuelta del viaje de boda, y el señor Liborio en jamás ha faltao a su palabra. ¡Ah! Bueno... Y sin escritura, sin contrato, sin ná... firmao solamente en el corazón... tú sigues aquí interesao en la mitá del negocio. Haremos balance mensual.

FEDE. Sí, tío... lo que usté quiera...

LIBORIO ¡Qué alegría la de esta casa! Hoy las risas del amor... mañana el bullicio de unos angelitos... ¡Cuánto soñé yo con este momento!

¡Vayan con Dios los años de tristeza y de zozobra...!

FEDE. Vamos, tío... tranquilícese usté...

LIBORIO Otro segundo, chico. Ya pasó. De modo que convenidos. Hoy empieza su marcha la nueva razón social sin variar las letras de la muestra. Razón social íntima. Liborio Sánchez y Sobrino. Venga esa mano, y saludémonos como dos buenos camaradas. Vengan esos brazos, y estrechémonos como si fuéramos padre e hijo... en plena felicidá.

(Sale AGUSTINA por la izquierda.)

AGUS. ¡Ah! Ustedes perdonen... Si están hablando de sus asuntos...

LIBORIO Quédate, muchacha. Ya está tó hablao, ¿verdá, Federico?

FEDE. Todo.

LIBORIO Ea, pos mientras llega la hora de la comida, voy a comprar uno de los postres. Cosa delicá, pa la que hay que tener buen ojo.

FEDE. ¿Cosa delicada?

AGUS. Te azvierto que me lo ha dicho esta mañana. Es un melón.

FEDE. Su manía de siempre.

LIBORIO Dos cosas hay en la vida, que tién una importancia incalculable. Elegir un melón sin calarlo y sacar un chico de pila. Pa las dos cosas he tenido siempre una mano admirable. Lo primero se va a demostrar hoy mismo... Lo segundo se demostrará antes de un año si tú tiés la habilidá necesaria.

FEDE. ¡Tío...!

L.BORIO Ya está dicho. Voy a revolver dos o tres puestos del mercao. Hasta luego... y ya está dicho. *(Vase muy contento por el foro.)*

AGUS. No te vayas a creer que piensa sólo en el melón. Esta mañana ha comprao un queso manchego, y ha encargao una tarta magnífoca en la pastelería de San Millán. ¿Has oído hablar del festín de las bodas de Camacho? Pos comparao con éste, aquello fué un piscolabis.

FEDE. El tío es más bueno que el pan; pero...

AGUS. Federico... ¿es que tú tiés razón para ponerle al tío ese pero que le pones?

FEDE. Verás... si no se trata de ninguna ofensa. Es que vive un poco a su manera... es que no vive en la realidad.

AGUS. Chico, yo creo que te equivocas. ¡Pero si el tío está por lo positivo como nadie!

FEDE. En el negocio de compra-venta nada más. En las relaciones sociales está pez. Con franqueza, Agustina... ¿Crees que mi mujer se ha casado conmigo para vivir entre estos trastos, que sabe Dios de dónde proceden, y que sabe Dios lo que a veces ocultan? ¿Crees que Clarita puede conformarse con comer en una habitación obscura, alhajada con unos muebles ridículos y empapelada con muy mal gusto...? ¿Crees que ha nacido para que la obsequien aquí con estofao con albóndigas y con tortillas de escabeche? Desengáñate. En la vida hay que tratar a cada uno como es cada uno.

AGUS. Sí, claro... Esto ya lo había yo pensao... Y hasta en varias ocasiones estuve pa decírselo al tío. pero me arrepentí siempre. Esto iba a ser un disgusto muy gordo pa el pobrecillo. Y la verdá, Federico... la verdá es que no se lo merece.

FEDE. Porque todo el mundo lleva un tirano debajo de su epidermis. Porque nadie comprende que los demás vivan a su antojo. Pero, hija, las tiranías están pasando a la historia. El que puede, levanta el vuelo y al menor descuido del tirano se pierde de vista.

AGUS. ¡A mí me la ibais a dar vosotros! Lo menos te creerás que yo no he adivinado vuestro pensamiento.

FEDE. ¿Cómo? ¿Pero, tú sabes?

AGUS. ¡Es claro, so tonto! Vosotros aguantaréis aquí mecha mientras viva el tío. Pero en cuanto el viejo se largue sin billete de vuelta, vosotros saldréis de esta casa como dos flechas, y os instalaréis en grande y os daréis una vida de

príncipes. ¿Qué? Una servidora, ¿os ha columbrao o no os ha columbrao el programita?

FEDE. No eres tonta del todo.

AGUS. Por lo menos, me paseo por donde se paseen las espabilás.

FEDE. Algo hay de eso que tú has sospechado. Mejor dicho, el programa es ése. Lo que no has acertado en el momento en que lo vamos a llevar a la práctica.

AGUS. ¿Antes de que el abuelo desaparezca?

FEDE. Antes.

AGUS. ¿Cuando empecéis a tener críos?

FEDE. Antes.

AGUS. ¡Jesús, qué impacientes! ¿Quizá pensáis largaros de aquí el mes que viene?

FEDE. Antes.

AGUS. ¡Pero sois unos locos! Estoy sospechando que vais a volar mañana.

FEDE. Antes.

AGUS. Pos, ¡entonces es hoy!

FEDE. Sí, señorita. Hoy.

AGUS. ¿Después de la comida?

FEDE. Antes.

AGUS. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué disgusto le espera al pobre abuelo! Pero, ¿ya tenéis casa?

FEDE. Es claro que la tenemos. En la calle de Velázquez. Un piso principal que ha ocupado hasta hace diez días un senador por derecho propio. Como verás, no hemos alquilado ninguna tontería. Los padres de Clarita, de acuerdo con nosotros, se han encargado de este pequeño detalle durante nuestro viaje de boda.

AGUS. ¡Santa María de la Cabeza! ¡Pero esto es una cospiración! Y cuando os largáis hoy mismo, es que ya tenéis amueblá la casa.

FEDE. Con un lujo asiático. Nos la ha amueblado el mismo almacenista que surte a Sus Majestades y Altezas Reales.

AGUS. ¡Hay que ver, qué clientes, entre vosotros y ellos!

FEDE. Lo que no tenemos aún es cocinera.

AGUS. ¡Ah! Entonces...

FEDE. Pero nos van a servir la comida del Ritz,

Vajilla de plata y camareros de calzón corto.

AGUS. ¡Qué atrocidá! Vamos, ya no falta más sino que te hagan ministro.

FEDE. No tanto, Agustina. Pero, ¿quién sabe? Viviendo en grande se hacen muy buenas relaciones. Mis suegros alternan con lo mejorcito de la alta sociedad. Y eso que los pobres no disponen como nosotros, el matrimonio joven, de los miles de duros que hacen falta para alternar como es debido. En la comida de hoy tendremos varios invitados. Representantes de la aristocracia, de la banca, de la política... Por eso, no es posible que vaya el abuelo a comer con nosotros.

AGUS. Pos no haría mal papel. Como representante del comercio... de muebles usaos. Bueno, bueno... ¿Has pensao en la cara que va a poner el tío cuando le digas que agüecas? Tú no has refleixonao, Federico. Al asunto le veo yo dos caminos. O esto le mata al tío, o el tío te mata a ti por esto.

FEDE. Según el procedimiento a seguir, que dice mi suegro. Más claro, chica: En ciertos asuntos pasa como en el billar. Unas carambolas se hacen de bola a bola y otras por tabla.

AGUS. Déjate de comparaciones y dímelo más claro... Verdaderamente claro.

FEDE. Si fuese yo quien, cara a cara, le dijese al tío mi propósito, figúrate cómo se indignaría... ¡Sabe Dios de lo que sería capaz en el momento de escucharme!

AGUS. ¡Ah, vamos! Tú quieres que los mojicones se los lleve otro.

FEDE. No, mujer... No tanto, Siendo otra la persona que le dé la noticia, la indignación del tío será muchísimo menor. No te quepa duda. Esto es... la carambola por tabla.

AGUS. Supongo que no habrás pensao en mí pa esa tontería de encarguito.

FEDE. Te equivocas. ¿Quién mejor que tú para una misión tan delicada?

AGUS. El que se equivoca eres tú, Federico. Yo al

tío no le doy ese mal rato... ni por tabla, como tú dices.

FEDE. Me pones en un verdadero aprieto.

AGUS. ¡Y tú a mí, no! Ya ves, y yo sin comerlo ni beberlo.

FEDE. ¿De verdad que te niegas, Agustina?

AGUS. De verdá, Federico. A fe que me esperan pocos sofiones del tío después de tu partida serrana, pa que me los anticipe con ése, que va a ser de pronóstico reservao. Tú, como te echas a volar, no te preocupas del infierno que será esta casa desde mañana. Pero yo, que me quedo dentro de la jaula, me figuro claramente tós los malos ratos que me esperan. Compará con lo que va a ser esta casa, la Inquisición fué el Palacio del Hielo.

FEDE. Y ¿qué hacer? El tiempo pasa y no tardaremos en marcharnos. ¿De quién me valgo yo?

AGUS. Utiliza a tus suegros. Ya que te van a costar *la luz*, que se la ganen.

FEDE. ¡Qué situación tan desagradable! Y todo por los malditos caracteres.

AGUS. Tú lo has dicho. Por los agrios, como el del tío, y por los excesivamente dulzones como el tuyo.

FEDE. Lo menos te creerás que se trata de una imposición.

AGUS. ¡Cá! ¡Pobrecito...! Con ese genazo que tienes, no hay quien se atreva a imponénsete, El día que tengas la primer bronca con tu suegra... acuérdate de lo que te digo... ese día te irás como una flecha a buscar un bastón... pero será pa entregárselo a ella, y que no pierda tiempo.

FEDE. Mira, Agustina; hazme el favor de no gastarme esas bromas, que me pones nervioso.

AGUS. Tranquilízate. Pero de todos modos no comprendo como hay hombres que se casan a sabiendas de que la madre de la novia vive todavía.

FEDE. ¿Me dices eso porque el que se case contigo no va a tener suegra?

AGUS. Sí, señor. Precisamente por eso.

(Salen CLARITA y D.ª RAMONA por la izquierda.)

CLARI. ¡Pero, hombre, qué tranquilidad te ha dado el Todopoderoso!

RAMO. Hacer esperar a unas señoras, no es una cosa muy correcta.

AGUS. *(Aparte.)* Toma finura. ¡Anda!

FEDE. No... pero si ya iba yo... ¿Verdad?

AGUS. Sí, sí... Ya iba... ya...

FEDE. Iba a coger el sombrero... Es lo único que me falta.

CLARI. *(Dándole el sombrero que sacó escondido.)* Tome el caballero. Y hágame el favor de no acostumbrarse a este ayuda de cámara.

AGUS. *(Aparte.)* ¡Qué diferencia! Yo le haría el lazo de la corbata, ¡ay!, toas las mañanas.

RAMO. ¿Qué? ¿Nos vamos?

FEDE. Sí... pero verán ustedes...

CLARI. Por el camino... Por el camino... Tomaremos un coche en el punto de la Catedral.

RAMO. Uno para vosotros y otro para mí.

CLARI. Descontado. No has nacido tú para ir en la bigotera.

FEDE. Bueno; verán ustedes..., es el caso que...

CLARI. ¡Uy, qué cara tan seria!

RAMO. ¡Hijo, por Dios, no se ponga usted cursi!

CLARI. Mamá, ya me figuro yo lo que es ésto.

RAMO. Que el niño no se atreve a pedirle al tío lo ofrecido.

FEDE. Se equivocan ustedes. Eso... ya está en mi poder. Es que... es que no he tenido ocasión de decirle al tío nuestro pensamiento.

CLARI. Pero, ¿no habíamos quedado en que se lo dijese esta muchacha?

AGUS. *(Aparte.)* ¡Hola! Era consejo de familia.

RAMO. Ya que está usted todavía con el cascarón creíamos que se había resuelto el conflicto por medio de una embajada.

FEDE. Sí... pero es que la embajadora se ha negado.

RAMO. ¿Se ha negado?

AGUS. Se ha negao.

CLARI. ¡Pché! ¡Qué cosa más absurda!

AGUS. ¡Pché! ¿Qué quiere usté? *(Se pone en jarras y se balancea. Pausa violenta.)*

RAMO. Bueno, bueno; ¿qué hacemos?

CLARI. Marcharnos inmediatamente. No faltaría más. Papá ya estará violento. No tardarán en llevar las cosas del Ritz. Puede que ya hayan llegado algunos amigos de papá. Vamos, vamos, marido. En su casa de usted, en su verdadera casa, está usted haciendo falta.

RAMO. Ya lo podía usted suponer, caballerito. El casado casa quiere.

AGUS. *(Aparte.)* Aquí no es eso. Aquí, el casado casa paga.

FEDE. Agustina, ¿quieres dejarnos un momento?

AGUS. Con mil amores. Precisamente, a mí no me gusta estar donde no debo, ni escuchar lo que no me interesa. ¡Ah! Si viene algún comprador, me avisan ustedes. Ahora, si se trata de una artesa, no me llamen. Las artesas se han terminao. Se han terminao las artesas. *(Mutis con mucha sorna.)*

RAMO. Comprenderá usted que mi hija no podía convivir en este ambiente de ordinariez y de descaro.

CLARI. Yo no he nacido para ponerme en jarras, y contestar a unas frescas con otras mayores.

FEDE. Perfectamente. Pero no se pongan ustedes así.

RAMO. ¿Es que no le da importancia a lo que acaba de suceder? Le habrá parecido a usted muy bonito lo de la artesa.

FEDE. ¡Bah! Una niñería.

CLARI. ¿Es que no has visto que esa muchacha nos ha tomado el pelo?

RAMO. Pero, ¿cómo? ¡De una manera escandalosa!

FEDE. No lo crean ustedes. Es su carácter.

RAMO. Pero, ¿es que usted va a defenderla?

CLARI. ¡Federico...! ¡Mis nervios! ¡Acuérdate de mis nervios!

FEDE. Un poquito de tranquilidad. ¿No pertenezco yo a la conjura? ¿No estoy completamente de acuerdo con ustedes?

CLARI. ¡No faltaría más! A ver si es que tenemos que agradecerte el favor.

FEDE. Pues no hay que preocuparse de un problema que hemos resuelto completamente y de acuerdo. Usted acaba de decirlo: El casado casa quiere. Y poco importa que la familia del casado quiera que todo se quede en la misma casa. Esta era la preocupación de Clarita, y yo, haciendo un gran sacrificio, no he vecilado en acceder a ese capricho suyo.

CLARI. ¿Has dicho que es un sacrificio y grande?

RAMO. ¿Cuándo se ha visto que la justicia se califique de capricho?

FEDE. ¡Me van ustedes a volver loco!

RAMO. ¡Va a ser difícil!

CLARI. ¡Retira la palabra sacrificio!

RAMO. ¡Y el capricho, que también lo retire!

FEDE. Todo retirado. Lo que ustedes quieran.

RAMO. Lo que debe ser.

CLARI. Y vámonos antes que esto se complique.

FEDE. Si les parece a ustedes, le dejaré cuatro letras a mi tío.

CLARI. Mira, mamá... La primera vez que Federico piensa con sentido común.

FEDE. Va a ser un trago terrible para el pobre viejo.

CLARI. Será porque no te quiere bien.

RAMO. No parece sino que se va usted a meter de cabeza en el infierno.

CLARI. En cuanto tu tío reflexione, comprenderá claramente nuestra razón. El mismo, educándote bien por su propia voluntad, te puso ya en el camino para llegar a un punto más elevado. No se gasta el dinero en libros, en profesores y en matrículas, para que el hombre instruído y con un título se limite a ajustar alambreras.

FEDE. *(Ha acabado de escribir.)* Ya está. La verdad

escueta. Le digo que me perdone y que vendré a darle un abrazo... mañana...

RAMO. Pasado mañana... Conviene que se enfríe un poco.

CLARI. Y de mí, ¿le dices algo?

FEDE. Que también vendrás a verle.

RAMO. Pero no con frecuencia, ¿eh?

CLARI. Esto díselo pasado mañana. Yo, para venir aquí, aprovecharé algunas circunstancias. Por ejemplo: los viernes de Cuaresma y el día de San Isidro.

(Sale NICANOR por el foro.)

NICA. ¡Changa! ¡Changa...! ¿Eh? ¿Ya están ustés aquí?

FEDE. Sí... pero nos vamos inmediatamente. Mira, Nicanor... después, cuando vuelva mi tío... que está fuera de casa... me haces el favor de entregarle esta cartita.

NICA. Perfectamente. ¿Espera contestación?

FEDE. No, hombre, ¡Qué cosas dices!

NICA. Es que como yo no estoy dentro de la carta...

FEDE. Le digo que hoy no nos aguarde a comer, que no nos es posible.

NICA. ¡Ah, vamos! Que se van ustés de cuchipanda.

RAMO. (¡Uy, cuchipanda!)

CLARI. Bueno, Federiquín; vámonos a nuestra jaula dorada. Pero déjame que me despida como es debido. Adiós, covacha del chamarilero... bazar de la pobretería... Adiós, mesitas de pino, que oléis a cebolla desde siete leguas... Adiós, sillerías de cretona, de la clase de quiero y no puedo... Adiós, arañas... de todas clases... Adiós para siempre... ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

RAMO. ¿Qué te pasa, Clarita?

CLARI. No te asustes, mamá. Son los nervios... pero ahora son los nervios en cómico.

FEDE. Las once y media. Vamos, vamos...

CLARI. ¿Tú sabes lo que cuentan de San Vicente Ferrer?

FEDE. Sí, pero no es cosa de que te descalces. Vamos... Vamos, mamá.

CLARI. Adiós, mundo amargo... y de desecho.

RAMO. Adiós, mercader.

FEDE. Adiós, tú... Que no se te olvide eso. *(Vanse por el foro Clarita, doña Ramona y Federico.)*

NICA. Descuide usté. Pero, calle... ¡Eh! ¡Eh! Que se dejan ustés la cotorra. ¡Bueno, bueno!

(AGUSTINA ha salido un momento antes por la izquierda.)

AGUS. No seas panoli, Nicanor. Ese pájaro nos lo dejan la mujer y la suegra de mi primo como recuerdo de familia.

NICA. ¡Pobre Federico! Me paece que se ha metido en un callejón sin salida. Te azvierto que va a ir la mar de limpio, porque esas... esas acaban sacudiéndole la ropa.

AGUS. Y le estará bien empleao al bobalicón de mi primo, por eso... por primo... Por no haberse enterao de que tenía muy cerca su verdadera felicidá. ¡Ay, si él hubiera hecho caso de mí, otro gallo le cantaría! Te participo, Nicanor, que estoy sulfurá con él y con San Antonio!

NICA. ¡Atiza! ¿Con San Antonio?

AGUS. Sí, señor. Porque tampoco ha hecho caso de mí. ¡Ah! Pero lo de Federico no tiene disculpa. ¡Qué necios algunos hombres, que no saben leer en las mirás de la mujer que está loca por ellos!

NICA. Te azvierto que eso pasa también con muchas mujeres. Por ejemplo... Tú, con respezto a las mirás que yo te dirijo, ¡completamente analfabeta!

AGUS. ¡Hazme el favor de no decir gansás!

NICA. Bueno, bueno.

AGUS. Oye, Nicanor... He escuchao detrás de un armario ropero tó lo que te ha dicho Federico. ¿Qué vas a hacer con la carta?

NICA. Con la... Pos mira, ya me has hecho dudar. Estaba por ponerle un sello de quincito y mandársela al señor Liborio por el correo interior.

AGUS. ¡Tampoco eres tú el *Ciz!*

NICA. ¡Ni falta que me hace pa vender fregaderos!

AGUS. En cuanto venga el tío, le das la carta, y hemos terminao. ¿Lo oyes?

NICA. También tú te las traes mandando.

AGUS. ¿Lo oyes?

NICA. Bueno, bueno... ¡Gachó, Dios nos libre de las sufragistas!

AGUS. Prepárate, que ahí viene el destinatario.

NICA. Pos como no le coja de buenas; que no le va a coger...

(Aparece Sr. LIBORIO por el foro, con un *melón grandísimo. Se supone que discute con una persona que está en la calle.)*

LIBORIO Que ya la he dicho a usté que disimule, señora... Que la he dao sin querer. Vamos, señora, que yo no tengo gana de conversación.

AGUS. ¡Viene suave!

NICA. ¡Pos verás cuando le dé yo la receta!

LIBORIO Vaya, vaya; que no es pa tanto. ¿Que la he tropezao a usté con el melón? Ya lo sé. Pero peor hubiera sido con una bomba de dinamita. Bueno, bueno... ¿Eh? ¡El melón qué ha de ser el retrato de mi padre! Si acaso... si acaso es la cabeza de su marido de usté antes de casarse. *(Entra en la tienda.)* ¡Esas mujerotas le hacen a uno desbarrar! ¡Tan contento como venía yo...! Sos azvierto que no se ha comido otro melón más sabroso en tó lo que va de siglo. Ya lo veréis: es almíbar puro.

AGUS. *(Bajo a Nicanor.)* Anda, dale la carta, que está dulcificao.

LIBORIO. No gana uno pa discusiones. Con el gorrero de la esquina del Duque de Alba he tenido una bronca regular. Si insiste un poco... qué sé yo... acabo degollándolo.

NICAI *(Bajo a Agustina.)* Dale tú la cartita.

AGUS. *(Bajo a Nicanor.)* ¡Calla!

LIBORIO Figúrate que se empeña en que tu primo no va a estar a mi lao ni siquiera un mes. Y al gorrero ese como le den cuerda no para en

diez días. Veréis tó lo que me ha dicho. Que Federico se ha hecho mu finolis y como se ha casao con una señoritinga... me va a dejar a la luna de Valencia... y qué sé yo cuantas barbaridades más.

AGUS. Y ¿cómo ha acabao la discusión?

LIBORIO Al final, él se ha convencido de su estupidez, ha reztificao toas sus opiniones y me ha pedido perdón. Total: que nos hemos dao un abrazo de concordia. Porque ya me conocéis: yo soy un pedazo de pan y tó me se pasa inmediatamente.

NICA. *(Bajo a Agustina.)* Ahora se la doy.

LIBORIO Tó, menos una trastá semejante de Federico. Eso sí que no lo perdonaría en la vida.

NICA. *(Bajo a Agustina.)* ¡Las narices!

AGUS. *(Bajo a Nicanor.)* ¡Dásela, hombre!

NICA. *(Bajo a Agustina.)* Eso es. Pa que me tire el melón a la cabeza.

LIBORIO Pero, ¿qué sos pasa, muchachos?

AGUS. Este, que tié una carta pa usté, y no se atreve a dársela.

NICA. *(Bajo a Agustina.)* ¡Se me están abriendo las carnes!

LIBORIO Tráela, hombre. *(A Agustina.)* Tú, toma el melón. Venga. ¿De Federico?

AGUS. De Federico.

NICA. Del supradicho, sí, señor. *(Pausa. El señor Liborio lee la carta.)*

LIBORIO Está bien. Resulta que tenía razón el gorrero. Está bien. Toas mis ilusiones han venido al suelo. Tós mis esfuerzos, tós mis afanes pagaos con este desprecio, con esta bofetá. Corazón de viejo, que sufriste cuando él lloraba, que te alegraste con sus alegrías, no sé si tendrás fuerzas bastantes pa resistir esta puñalá maldita. ¿Por qué vieron todos lo que yo no veía? ¿Por qué, Señor, ciega tanto el cariño? ¡Oh! ¡Pero Federico es un hipócrita! Si él me hubiese hablao claramente, de hombre a hombre... ¡quién sabe...! Aun haciendo un verdadero sacrificio... ¿quién sabe si

yo le hubiese perdonao? Pero, ahora, no... Ahora, no... Haré cuenta de que ha muerto pa mí... de que estoy solo en el mundo... ¡Qué vejez más triste, Señor! ¡Qué vejez más triste!

AGUS. No, tío... Solo en el mundo, no... Yo seguiré a su lao siempre... Siempre queriéndolo, como usté se merece.

LIBORIO Agustina... ¡qué buena...! Que el Señor te premie esta *ación* tan noble... tan noble...

AGUS. Yo seguiré siempre a su lao... y Federico también, tío... porque él volverá... cuando reflexione...

NICA. O cuando necesite dinero.

LIBORIO Será inútil. Ni de mi corazón ni de mi bolsillo podrá esperar ya nada. Que el cielo le conceda toa la suerte que necesite. Eso, sí. Eso se lo deseo con toa mi alma.

AGUS. ¿Ve usté, tío...? ¿Ve cómo se intedresa por él? ¿Ve usté cómo le quiere todavía?

LIBORIO ¡Que si le quiero...! Pos porque le quiero he sentido *tantísimo* su mala ación. Porque por su felicidá hubiese yo dao mi vida. Era mi gran cariño... casi el único... Yo no creía que en mi corazón podría caber otro cariño tan grande... Y ha sido preciso que él me desengañase pa que yo te hiciera justicia, mi pobre Agustina. ¡Que si le quiero...!

AGUS. En trance de peligro, ¿no le salvaría usté?

LIBORIO ¡No! ¡Salvarle, no! Ya te he dicho que ha muerto pa mí. Por eso es mayor mi sacrificio. Por eso, la *indiferiencia* de mi corazón ante su desgracia sería un horror pa mí... un tormento... pero no cedería... ¡Antes muerto que salvarle...! Y ¿preguntas que si le quiero todavía? ¡Que si le quiero! ¡Dios, que si le quiero...! *(Llora con la cara entre las manos. Cuadro y telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor elegantísimo en casa de Clarita y Federico. Biombo a la derecha. Es de día.

(Al levantarse el telón la DONCELLA está recogiendo un servicio de chocolate. A poco aparece el CRIADO por el foro.)

CRIA. ¿Qué? Y ¿el señorito?

DON. Debe de estar en su despacho.

CRIA. Yo creí que aún estaría aquí, desayunando.

DON. Ha terminado en seguida. Un bizcocho, un sorbo, y en paz. Fíjate... Está la jícara casi llena. Pues la señorita, ni eso. Hoy no ha querido desayunar. Aquí hay mar de fondo, Agapito.

CRIA. ¡Claro que lo hay! ¿Tú sabes lo que sucede en esta casa?

DON. ¡Qué se yo! Anoche me pareció oir a la señorita que había tenido una crisis nerviosa.

CRIA. ¿Nerviosa, eh? Pues yo creo que lo que ella y el marido tienen es otra crisis más grave. Crisis monetaria.

DON. Oye, oye... Que pudieras no ir descaminao.

CRIA. Claro que no. ¿Por cuántos sentidos crees tú que se conoce el dinero?

DON. Por la vista, por el tacto y por el oído.

CRIA. Y por el olfato. En cuanto en una casa no hay una peseta lo hueles a cien kilómetros.

DON. Eso de que el señorito no saliera del Casino...

CRIA. ¡Ahí le duele! Pa mí que la ruleta se le ha tragao tós los ahorros.

DON. Puede.

CRIA. Con la charla se me ha olvidao lo principal. Que está en el gabinete de recibir, esperando al señorito, ese amigo suyo tan serio...

DON. Don Cristino.
CRIA. Justo.
DON. Tempranito ha venido. Oye, Agapito: ¿no te da mala espina el tal don Cristino?
CRIA. Más que mala. Ese le ha puesto los puntos a la señorita. No te quepa duda. Tiene una cara de trucha, que no engaña.
DON. Pero si siempre está tan serio, tan grave...
CRIA. No importa. Ese es un marrullero de tomo y lomo.

(Sale D. ANGEL por la primera izquierda.)

ANGEL ¿Eh? ¿Qué hacen ustedes aquí, de cháchara?
DON. Verá el señor... Yo recogía este servicio... Si el señor no manda otra cosa...
ANGEL Yo, nada. *(Vase la Doncella por la segunda izquierda.)*
CRIA. Un servidor creía que el señorito don Federico estaba aquí, y venía a anunciarle la visita de don Cristino.
ANGEL El señorito ha salido a la calle hará unos diez minutos.
CRIA. Lo ignoraba. Voy a decírselo a don Cristino.
ANGEL Espera. Lo recibiré yo. Dile que pase aquí. Es de toda confianza.
CRIA. Lo que mande el señor. *(Vase por el foro.)*
ANGEL Este don Cristino pudiera ayudarnos a salir airosos del laberinto en que estamos metidos. ¡Uf, que poco dura el dinero; y sobre todo, cuando es poco! Además, este imbécil de yerno, ¡que ningún acierto para todas las cosas! ¡Jugarse los últimos billetes a un número en donde no se ha parado la bolita...! ¡Maldita sea su estampa...!

(Sale D. CRISTINO por el foro.)

CRIS. ¿Hay permiso, mi señor don Angel?
ANGEL ¿Cómo no, don Cristino? Adelante. ¿Usted tan temprano por esta casa?
CRIS. Tarde me parece todavía. Por no asustar, no

he venido al amanecer. Supe ayer de un negocio urgente, formidable, y no he querido aceptarlo sin consultar antes y proponerle una parte comanditaria a su señor yerno. Es un salto de agua, que puede mover cuarenta fábricas y alumbrar siete provincias.

ANGEL Para salto... Para salto, mi querido don Cristino, el que hemos dado aquí esta madrugada. Mi yerno no tiene un céntimo disponible.

CRIS. ¡Ah, no importa! Contrataremos a crédito y luego venderá papel.

ANGEL Periódicos es lo que vamos a tener que vender en esta casa.

CRIS. Usted está de broma, don Angel.

ANGEL No lo crea usted. De tragedia y muy de tragedia. Ahora le contaré. Pero, ante todo... ¿usted ha desayunado?

CRIS. No acostumbro...

ANGEL Pues me va usted a hacer el favor de aceptar un chocolate. No hay derecho a darle la lata a un hombre que está en ayunas. *(Toca un timbre.)*

CRIS. Pero, por Dios, don Angel...

ANGEL Quiero que lo sepa usted todo. Usted, por su seriedad, por sus relaciones... usted pudiera hacer mucho por la salvación de esta casa.

CRIS. ¡Por Dios...! Usted me confunde.

(Sale DONCELLA por la segunda izquierda.)

ANGEL Vas a traer un chocolate a don Cristino. ¿Con qué lo va usted a tomar?

CRIS. Con un vaso de leche detrás.

ANGEL Digo para mojar.

CRIS. ¡Ah! Bien... sí... Pues nada... Unos picatostes para el chocolate y unos suizos para la leche. Nada... nada...

ANGEL Ya lo has oído.

DON. Perfectamente. (Casi nada.) *(Vase por segunda izquierda.)*

ANGEL Mi querido don Cristino: perdone usted que le entretenga unos minutos con estas chinchorre-

rías íntimas. Pero es que a usted, en esta casa, lo miramos ya como de la familia.

CRIS. Hacen ustedes divinamente.

ANGEL Usted es de las pocas personas a quienes se puede consultar y en quienes puede fiarse. Le abonan a usted su seriedad, su crédito, su talento...

CRIS. Buena voluntad nada más, mi señor don Angel.

ANGEL Usted se ha interesado por esta casa como no hay idea. Usted ha procurado centuplicar la fortuna de mi yerno asociándole a todos los negocios en que usted tiene alguna participación.

CRIS. Y que algún día abarrotarán de oro nuestras cajas de caudales. Aún están todos esos negocios en situación embrionaria. No se ganó Zamora en una hora.

ANGEL Evidente.

CRIS. Para recoger, hay que sembrar.

ANGEL Evidentísimo.

CRIS. Acabamos de desparramar la semilla y la semilla no florece inmediatamente.

ANGEL Más que evidentísimo. ¡Ah! Pero no vaya usted a creer que aquí tenemos impaciencia.

CRIS. Sería inútil.

ANGEL Aquí lo que nos pasa es que nos hemos engañado en el cálculo. Creíamos que era más y nos ha resultado una cosa insignificante. Me refiero al numerario de mi yerno.

CRIS. Usted los primeros días me hablaba de millones.

ANGEL Los hay. A mí no me quita nadie de la cabeza que el tío de mi yerno tiene su buena cosecha de onzas enterradas debajo de algún ladrillo.

CRIS. ¡Oh! ¡Esas gentes rutinarias...! ¡Cuánto mejor estarían esas onzas invertidas en negocios prácticos, modernísimos... a la norteamericana...!

ANGEL En los que usted tiene invertido su dinero.

CRIS. ¡Bah! Eso no merece la pena.

ANGEL Y en los que está invertido el dinero de sus amigos.

CRIS. Eso es otra cosa.

(Sale DONCELLA por la segunda izquierda con servicio de chocolate.)

DON. Aquí tiene. Llaman al señor por teléfono.

ANGEL Con su licencia, don Cristino.

CRIS. ¡No faltaría más! *(Vanse don Angel y Doncella por segunda izquierda.)* Esto no me huele bien. ¡Bueno; esto, sí! Lo otro... la situación de esta familia es lo que me huele a *debacle*. Aquí, después de este chocolatito, ya no queda más que sacar. Porque conquistar a la mujer de Federico me va resultando más difícil de lo que yo me imaginaba. ¡Y cuidado que me doy maña para esos menesteres! Inútil todo. Aquí no sirve, por lo visto, ni maña ni fuerza. El suegro que vuelve. Mojemos.

(Sale D. ANGEL por la segunda izquierda.)

ANGEL Mi yerno es tonto.

CRIS. ¿Sí, eh?

ANGEL Me telefonea para rogarme que sea yo quien le pida a su tío el dinero que necesita. Es no conocerme. ¡Creer que yo voy a rebajarme a un tío así...!

CRIS. En la vida, don Angel, hay que hacer a veces sacrificios necesarios.

ANGEL ¡Pues éste, nunca! ¡De ninguna manera! Y mucho menos cuando tengo mi confianza puesta en usted. Aquí, don Cristino, la cuestión es salirle al paso a esta crisis inesperada y eventual. Mi yerno necesita una cantidad puente... equis pesetas... hasta que empiecen a producir los negocios en que ha colocado su dinero disponible.

CRIS. Sí, claro... *(Procurando desviar la conversación.)* ¡Exquisitos estos picatostes!

ANGEL Nadie mejor que usted sabe que esos negocios han de ser inmensos... colosales... Veinte mil duros que han de producir anualmente no menos de otros veinte mil... Han sido las palabras de usted.

CRIS. Sí, claro... No creí yo que terminaría con los picatostes; mire usted.

ANGEL Ante esa seguridad, ¿qué representa para usted un anticipo pequeño... de cinco mil duros, por ejemplo?

CRIS. Sí, claro... Le hace mucha gracia la canela.

ANGEL Veo que le agrada el chocolate.

CRIS. Sí, claro...

ANGEL Esa pequeña cantidad, que usted tendrá cobrada en todo momento, aseguraría la tranquilidad de esta familia...

CRIS. ¿Quién lo duda...? Apuremos el pocillo. Esto no me había sucedido jamás... A veinte leguas se conocen las marcas... ¿Matías López?

ANGEL Creo que sí. ¿Quedamos don Cristino...?

CRIS. En que no hay que hablar sobre esto ni una palabra más.

ANGEL ¡Oh, gracias! Ya sabía yo lo que me hacía confiando en usted.

CRIS. Veremos si mis fondos disponibles me consienten esta operación.

ANGEL ¿Cómo...? Don Cristino, si usted momentáneamente no pudiera... cualquier amigo suyo...

CRIS. No se preocupe.

ANGEL Yo me encargo de administrar esos cinco mil duros. Con ellos haremos frente a todo un año... A estos doce meses que tan angustiosos se nos presentan por la poca franqueza y el ningún acierto de mi yerno. Usted no sabe, don Cristino, las lágrimas que van a evitarse con ese puntal que le ponemos a nuestra casa. Mi pobre Clarita se moriría de pena.

CRIS. ¿Quién lo duda...? Entre los picatostes y los suizos, sería dificilísima la elección.

ANGEL ¿Me permite usted que vaya en busca de mi yerno, para tranquilizarle?

CRIS. ¿Cómo no?

ANGEL El pobre ha ido a refugiar su cobardía en un café de la calle Ancha. Desde allí me ha telefoneado, y allí espera la solución sentado ante una taza de café.

CRIS. *(Aparte.)* (Va a terminar con la achicoria.)

(Sale CLARITA por la derecha.)

CLARI. Papá... ¿Eh...? Está aquí don Cristino.

ANGEL Sí. Ha venido a informarme del curso favorable de vuestros negocios. Voy a arreglarme un poco, y salgo inmediatamente Don Cristino: si me espera usted, iremos juntos hasta la Puerta del Sol.

CRIS. Con mil amores.

ANGEL Es cuestión de segundos. *(Vase por la primera izquierda.)*

CRIS. *(Acercándose a Clarita con muy sospechosa galantería.)* Clarita...

CLARI. Don Cristino, yo le suplico...

CRIS. ¡La eterna canción! Las pocas veces que nos quedamos a solas o que puedo hablarla en voz baja, a mi primera palabra siempre responde usted con las mismas: «Don Cristino, yo le suplico...» ¿Qué temor es ése? ¿Qué quiere decir ésto?

CLARI. Una señora casada no debe cuchichear con nadie.

CRIS. ¡Por Dios! Eso era en el siglo pasado; en el siglo de las medias de lana. Hoy el *flirt* es cosa corriente... casi imprescindible... Nada hay más grato que decirse a hurtadillas unas palabritas frívolas que cosquillean en los sentidos como la espuma del *champán*.

CLARI. *(Secamente.)* De una vez y para siempre. El *flirt* me revienta.

CRIS. Está bien. No va usted con su siglo. Está bien. *(Aparte.)* De rodillas me va a pedir esta mujer las veinticinco mil pesetas.

(Sale D.ª RAMONA por el foro.)

RAMO. Clarita... Te buscaba...

CRISI Mi señora doña Ramona.

RAMO. ¡Ah! Don Cristino... ¡Qué pronto!

CRIS. Eso creía yo... Pero en la vida no se llega pronto ni tarde cuando se llega en el momento oportuno.

RAMO. Proverbio persa. Creo que lo he leído en el almanaque.

(Sale D. ANGEL por la primera izquierda.)

ANGEL A sus órdenes, don Cristino.

RAMO. ¿Cómo? ¿Vas a salir?

ANGEL Vuelvo en seguida. De nuestro conflicto, nada. Está completamente resuelto. ¿Verdad, don Cristino?

CRIS. En vías... Está en vías.

ANGEL No hay, pues, que preocuparse más. Hasta luego.

CRIS. *(Aparte.)* (Cae con toda seguridad.) A los pies de ustedes. *(Vase con don Angel por el foro.)*

CLARI. ¡Ay, mamita, qué disgusto tan grande! Vernos sin un céntimo.

RAMO. Has omitido dos palabras importantísimas. Vernos sin un céntimo... otra vez.

CLARI. Se conoce que la fortuna no la hizo Dios para nosotros.

RAMO. ¡Quién sabe! Mayores crisis que ésta hemos pasado tu padre y yo. Pero ya lo viste: de todas fuimos saliendo.

CLARI. Aquí habéis calculado de una manera desdichada.

RAMO. Hija, se conoce que la falta de dinero nos había borrado el tino comparativo. Tu padre me explicaba la operación de una manera algebráica. Menos *a*, más *b*, igual *c*.

CLARI. Menos *a*, era vuestra fortuna. Más *b*, la fortuna que se le suponía a Federico.

RAMO. Igual *c*, la catástrofe padre. Estamos en el mismo punto en que nos encontrábamos entes de tu boda.

CLARI. Para este resultado, no hacían falta consejos ni reflexiones. Verdad es que yo sólo por el dinero no me hubiera casado.

RAMO. Me gusta oírte hablar de ese modo.

CLARI. Para mí el amor ha sido siempre lo importante. Mi sueño dorado.

RAMO. Eso es. Tú, el amor. Nosotros, el álgebra. La situación está clarísima. Tu padre se preocupa de la chapuza financiera. Tú preocúpate sólo de tu corazón. Prescinde de esos miles de duros que han pasado por aquí como pasan las

golondrinas por ciertos países... En definitiva: ¿tú adoras a Federico...? ¿Le quieres a él por él solo...? Este es el problema.

CLARI. Mamita... yo creo que sí... Pero hoy... hoy haz el favor de no volver a preguntármelo.

(Sale la DONCELLA por el foro.)

DON. Señoras... La... la señorita Agustina desea hablar con ustedes.

RAMO. ¿La señorita Agustina?

DON. La prima del señorito don Federico.

CLARI. ¡Ah! Agustina. Mamita, ¡qué sospecha! ¿Se habrá puesto malo el señor Liborio?

RAMO. No nos caerá esa breva.

CLARI. ¡Mamita, por Dios...! Que la casualidad nos favoreciera, sería una cosa. Que nos alegremos de una desgracia ya me parece mal.

RAMO. Yo prescindo de la desgracia. Lo que me alegraría sería la casualidad.

CLARI. ¿Te ha dicho lo que quiere?

RAMO. ¿Viene muy triste?

DON. Quiere hablar. Alegre, desde luego no viene.

RAMO. Cuando yo te digo...

CLARI. Pues que pase. *(Vase la doncella por el foro.)* ¿Te parece bien, mamita?

RAMO. Sí, hija. Prefiero la realidad a las ilusines.

(Sale AGUSTINA, por el foro.)

AGUS. ¿Dan su permiso?

CLARI. Adelante. ¡Qué! ¿Qué trae usted de nuevo?

AGUS. Yo no traigo nada. Es aquí, por lo visto en donde está la novedá.

CLARI. ¿Aquí?

RAMO. ¡Ay, criatura; me parece que se ha equivocado usted de calle!

AGUS. ¡Cá, no, señora! Tengo la seguridá de que estoy en el lugar del suceso. Es inútil que se miren fingiendo extrañeza. Mi primo Federico acaba de hablarme por teléfono. Me encuentro al cabo de la calle... del cataclismo.

CLARI. Eso es que le ha gastado una broma.

RAMO. Aquí vivimos en la gloria, gracias a Dios.

AGUS. Pues, gracias a Dios, también están ustedes sin una peseta.

CLARI. ¿Oyes ésto, mamá?

RAMO. Aberraciones de la fantasía, hija. Lo menos se creeerán ustedes que con la miseria que aportó Federico al matrimonio había suficiente para mantener esta casa.

CLARI. ¡Qué equivocación tan grande!

RAMO. Nosotros hemos contado siempre con lo nuestro.

AGUS. Perdonen; pero es el caso que... la verdá, Federico me habló tan apurao... me dijo que había perdido hasta el último céntimo de que disponía.

CLARI. ¡Eso sí! Ha perdido lo suyo.

RAMO. Lo nuestro era muy difícil.

AGUS. Eso creo yo.

RAMO. Nosotros no somos tan cándidos que entreguemos nuestros bienes en manos de un hombre que, como usted ve, no sabe defender ni lo suyo.

AGUS. Se deduce de esto que mi primo va a vivir a expensas de ustedes.

RAMO. Esa es la realidad. No muy airosa para él; pero ¡qué vamos a hacerle!

AGUS. ¿Que qué vamos a hacerle? Pos evitarlo. Porque su obligación es mantener su casa... Porque él no se ha casao pa vivir a expensas de ustedes. De esto estamos tós *segurismos*. A expensas de ustedes él no puede vivir ni veinticuatro horas.

RAMO. Joven: usted no sabe lo que dice. Esta casa, a pesar del contratiempo de mi yerno, seguirá sosteniéndose como si tal cosa hubiera sucedido. Usted se convencerá inmediata y completamente.

AGUS. Está bien. Se conoce que volvemos a la época de los milagros.

CLARI. ¡Agustina: exijo a usted que se abstenga de ofendernos!

RAMO. ¡Es el colmo! Federico derrocha la miseria con

que debía hacer frente a las necesidades de su casa, y la familia, en vista de que nosotros salvamos el conflicto, viene y nos insulta. ¡Es el colmo!

AGUS. Está bien. Ustedes perdonen. Yo venía a ofrecerle a mi primo el apoyo que ustedes, por lo visto, le han prestao ya. Me felicito por una parte, y por otra parte, lo lamento. Porque la situación de mi primo mantenido por ustedes —lo ha dicho usté, señora—, es de lo más desairao que se conoce. De todos modos, quieran ustedes o no quieran, yo he de hacer por mi primo lo poco que a mí me sea posible. Porque en el tío no hay que confiar. Es más: yo sé que el tío ha desheredao a Federico, que no quiere saber ná de él, que pa el tío es como si se hubiese muerto... Y hay que conocer al tío... Como diga que tijeretas ¡tijeretas han de ser! Pa salvar a Federico ya no se puede contar con el abuelo... pero yo veré cómo le salvo... porque a pesar de esa fortuna oculta que tién ustedes... Federico está mu propenso a hacer un disparate... porque tié decoro... muchismo decoro... Y a mi pricmo lo quiero yo tanto... tanto... que he de hacer locuras... sacrificios... qué sé yo lo que he de hacer pa salvarle. Señoras, que ustedes disimulen, y que ustedes se conserven... que ustedes se conserven. *(Vase por el foro, nerviosísima, pero intentando aparecer serena.)*

RAMO. ¡Qué familia!

CLARI. Ya lo has oído, mamita. Es inútil que confiemos en el señor Liborio. Como ves, ni vivo ni muerto.

RAMO. ¡Uf, qué asco! Te has casado con un hombre que está en la categoría de pez de paseo público. El señor Liborio le ha echado unos duros a tu marido, como los chiquillos le echan migajas a los peces.

CLARI. El hecho es que por este lado hemos perdido toda esperanza.

RAMO. ¿Cómo? Pero, ¿tú pensabas en humillarte a

ese tío y a esa descarada? ¡Tú rebajarte a semejante familiota!

CLARI. Yo hablo de la herencia.

RAMO. Eso sería otra cosa. Percibir el dinero de manos de un notario ,sin tener que preocuparse para nada del interfecto. ¡El ideal, hija!

CLARI. ¡Pero qué mala gente! ¡Mira que haberle desheredado...!

RAMO. Déjate. ¡Quién sabe todavía...! Que se muera... Que se muera, y ya veremos. En seguida se pone el asunto por justicia, se busca un buen abogado, se le dan detalles y se gana. Lo tremendo es que no está para morirse.

CLARI. ¡Ay, mamita de mi alma...! ¿Podremos arreglar este conflicto nosotros solos...?

RAMO. Pero, Clarita, esa duda... Confía en tu padre.

CLARI. Mamá, si es que antes nosotros solos no podíamos resolver nuestros conflictos... Si por eso os pareció de perlas que me casara con Federico... No ha pasado tanto tiempo para que lo hayamos olvidado.

RAMO. Vamos, tranquilízate... Yo ahora tengo una confianza que no tuve nunca. Hoy no somos nosotros solos... Eres tú la que te olvidas de las cosas... Recuerda las palabras de don Cristino... Es él, es ese hombre serio, caballeroso, bien relacionado, quien ha de resolvernos nuestro problema.

CLAR.. Un remordimiento tengo, mamá. Lo secamente que he tratado yo siempre a don Cristino. Esto quizá pudiera perjudicarnos... ahora que se le necesita...

RAMO. ¡Bah! No te preocupes. Un hombre tan elevado como él no repara en esas minucias. Yo, en cambio, lo he tratado siempre con una dulzura y un afecto, que puede que den ahora su fruto. No te preocupes.

(Aparece la DONCELLA, por el foro.)

DON. Con permiso. Ha vuelto don Cristino, y desea hablar con cualquiera de ustedes.

RAMO. Que pase. Que pase inmediatamente. *(Vase la Doncella.)* ¿Con cualquiera de nosotras? Lo mejor será que hable conmigo. Yo me doy mejor maña para estas cuestiones financieras.

CLARI. ¿Te parece bien que me retire?

RAMO. Me parece bien. Como se trata de una faena de muleta, te digo lo que los espadas: Déjame con él... Déjame con él.

CLARI. ¡Ay, mamita, cómo te envidio tu buen humor! *(Vase por la derecha.)*

RAMO. Estoy resuelta a hacer locuras antes de que nos suelten los mansos.

(Sale D. CRISTINO, por el foro.)

CRIS. Señoras... Señora, perdóneme esta libertad... Al separarme de don Angel, he pensado que, para no perder tiempo, lo mejor sería instalar aquí mismo mi cuartel general. Si ustedes me permiten...

RAMO. Don Cristino, usted instala aquí el cuartel y un campamento.

CRIS. Voy a utilizar el teléfono, y si es necesario al botones y al criado. He decidido, contando con el beneplácito de ustedes, no moverme ya de esta casa en todo el día. Desde aquí dirigiré las operaciones telefónicas y epistolares, y celebraré que al tocar retreta hayamos conseguido la victoria.

RAMO. *(Aparte.)* A éste le da por lo militar. Yo sigo en lo mío. La cuestión es que no oigamos el segundo aviso. *(Alto.)* ¿Tiene usted confianza, don Cristino?

CRIS. Parece que sí. Es enorme el interés que tengo. Lo que yo no consiga, crea usted que no lo conseguirá nadie. ¿El cuarto del teléfono...?

RAMO. Ahora le acompañarán. *(Toca el timbre.)*

CRIS. Perfectamente. *(Saca un librito de notas.)* Marqués de... Conde de... Presidente de... Vamos a tocar todos los mejores registros.

RAMO. Supongo que por teléfono no nos dejará us-

ted en mal lugar... que no dirá nada que pueda descubrir nuestra situación.

CRIS. ¡Señora, por Dios! Yo hablaré de un negocio nuevo, como si ustedes me hubieran suscrito ya algún capital. Yo quiero dejarles a ustedes como usted no tiene idea.

(Aparece la DONCELLA por el foro.)

DON. ¿Llama la señora?

RAMO. Acompaña a don Cristino al teléfono.

DON. Está bien. Por aquí. Al final del pasillo a mano izquierda.

CRIS. Usted, doña Ramona, no se preocupe de mí. Haga lo que tenga que hacer. Salga a la calle, si lo estima necesario... Como si yo no estuviese aquí... como si yo no estuviese aquí... *(Después que han hecho mutis dos Cristino y la Doncella por la segunda izquierda, se dirige doña Ramona a llamar a Clarita.)*

RAMO. ¡Clarita! ¡Clarita!

(Sale CLARITA por la derecha.)

Lo que yo te decía. Tus temores eran infundados. Este hombre es más caballeresco que *don* Roger de Flor. Ten la seguridad de que estamos salvados. Lo ha tomado con un empeño que no le sabremos agradecer nunca.

CLARI. Pero, ¿te ha dicho algo concreto...?

RAMO. Concreto, no. Estas personas todo seriedad, mientras no se realiza lo que prometen no se aventuran a concretar nada. Su formalidad llega hasta el límite. Pero como si hubiese concretado. Un hombre de su crédito, de sus relaciones... tratándose de una insignificancia...

(Voces dentro: SEÑOR LIBORIO: ¡Qué anunciar ni qué calabazas! CRIADO: ¡Que no pasa usted! LIBORIO: ¡Que sí que paso! CRIADO: ¡Que le digo que no!)

CLARI. ¿Qué es eso?

RAMO. Parece la voz del señor Liborio.

CLARI. No tiene duda.

(Aparece el Sr. LIBORIO por el foro, descompuespuesto. Se supone que habla con otra persona.)

LIBORIO ¡Vaya usté a la gloria! ¿Dónde está...? ¿Dónde está Federico...? No me oculten lo que pasa... Díganme la verdá... Sea lo que sea... Pero la verdá... Yo necesito saberla... Yo lo exijo...

RAMO. Vamos, tranquilícese usted.

CLARI. No nos explicamos...

LIBORIO Federico... mi sobrino del alma... está a dos pasos del suicidio... Ustés no lo inoran... Lo que me asombra es encontrarlas con esa calma. ¿Acaso es que lo inoran ustés? ¡Ah! Pero no importa. Yo quiero que lo sepan... Esto hay que evitarlo a toa costa... Porque si no se evitara yo me moriría del disgusto. ¡Qué remordimiento tengo...! ¡Qué remordimiento tan grande!

CLARI. Usted está ofuscado.

RAMO. Ofuscadísimo.

LIBORIO ¡Cá, no lo crean ustés! Llegó lo que tenía que llegar. ¿Pa qué andar con rodeos? Aquí ya no hay ni una perra gorda.

RAMO. ¿Has oído, hija?

CLARI. Vaya, repetiremos la canción. De lo que él trajo, efectivamente, no queda ni una perra gorda.

LIBORIO De lo que él trajo es de lo que yo hablaba. Quedamos en que aquí ya no hay ni una perra gorda.

RAMO. ¡Señor Liborio...!

LIBORIO ¡Señora: haga usté el favor de no alborotarme la sangre! Yo sé fijamente la situación de esta casa. Federico no ha tenido valor pa confesarme su derrota; pero ha hablao por teléfono con su prima Agustina... Agustina tampoco se ha atrevido a decirme una palabra... pero le ha referido el caso a Nicanor, el dependiente... y este chico, que tié un corazón que no le cabe en el pecho, después de mil vacilaciones, me lo ha contao tó, y me ha pedido casi de rodillas que yo salvara a las tres vítimas de este naufragio.

CLARI. ¿Tres víctimas?

LIBORIO Tres, que serían cuatro. Por este orden: Fe-

derico... Su prima Agustina, que se volvería loca del disgusto... Nicanor, que de buenazo que es no resistiría ni dos semanas... y yo que... solo en el mundo y con tanta pena, ¿qué iba a hacer ya sino morirme?

RAMO. ¡Pero usted parece un folletín de la Invernizio! Vamos, señor Liborio, calme sus nervios, y escúchenos como nos merecemos dos señoras. Le perdonamos a usted las ofensas y le aseguramos que en estos instantes están evitadas todas esas calamidades que nos ha enumerado. Federico, por boca de mi marido, que ha ido a buscarle, ya sabe a estas horas la solución satisfactoria del conflicto. Ha desaparecido la causa de su desesperación. Y, claro, no suicidándose él, su prima ya no tiene por qué volverse loca, ni el dependiente por qué tomar fósforos, ni usted por qué consumirse como si fuera una candileja sin aceite. Esto, como usted ve, queda reducido a una parodia de la fábula de la lechera.

LIBORIO Está bien. Ahora me explico la tranquilidá de ustés. Pero... Pero... con franqueza, lo que no me explico es eso de la solución *satisfatoria*.

CLARI. ¿Usted cree que mamá dice infundios?

LIBORIO En un asunto tan serio, ¿cómo voy a creerlo? Pero estos conflictos que se producen por la falta de dinero, no se solucionan más que con dinero...

RAMO. Sí, señor; con dinero. Así se ha solucionado éste.

LIBORIO Dinero que habrá traído alguien.

RAMO. Todavía, no. Pero lo traerá. Es lo mismo.

LIBORIO Supongo que no será su esposo.

CLARI. Díselo de una vez, mamá.

RAMO. Nosotros, señor Liborio, tenemos amigos... verdaderos amigos... gente encopetada... quienes con sólo decirles: «Esto queremos», se apresuran a concedernos eso y más... sin alardes... sin humillarnos... sin faltarnos al respeto...

CLAR.. Gente muy bien educada.

RAMO. Personas de nacimiento ilustre... no de fortuna improvisada...

CLARI. No unos cualquieras.

LIBORIO Está bien... Está bien... Gentes que cuando ustés conocieron a mi sobrino, por lo visto, no habían nacido todavía. Está bien... Está bien...

CLARI. ¡Ese tono...!

LIBORIO Fenómenos... fenómenos...

RAMO. Esos amigos existen, señor Liborio. Y usted se convencerá de la ceguera que le producen sus cuatro cuartos.

CLARI. Que nadie le pide.

RAMO. Y que es inútil que nos ofrezca.

LIBORIO Está bien... Está bien... Nadie les ha ofrecido ná.

RAMO. Nadie, no. Nos han ofrecido y nos lo cumplirán. Quien puede y quien sabe. Una persona elevadísima... que con ser tan encopetados nuestros amigos, está todavía muy por encima de todos.

LIBORIO Ya sé quién es, ya. ¡El papa de los chinos!

RAMO. Está bien... Está bien... Ofenda usted al que ha evitado la tragedia de su sobrino.

CLARI. Y si no la tragedia, por lo menos el ridículo.

RAMO. Sepa usted que nuestro amigo don Cristino es persona merecedora de todos los respetos.

CLARI. Y ya sabe usted quien nos ha salvado. ¡Don Cristino!

RAMO. ¡Don Cristino!

LIBORIO Ya no se me olvida, don Cristino.

RAMO. Pero con el don muy pronunciado. Y después de revelarle esto ,ya no tenemos más que decirle.

LIBORIO *Muchismas* gracias por el *osequio*.

RAMO. Nosotras tenemos bastante que hacer. ¿Verdad, Clarita?

CLARI. Mucho.

RAMO. De modo que si usted quiere esperar a su sobrino...

LIBORIO Desde luego. Vayan, vayan ustés a sus obligaciones. Por mí no se preocupen.

CLARI. Hasta la vista.

RAMO. Y no se le olvide que nuestro salvador no es un cualquiera.

CLARI. Es don Cristino.

RAMO. Don Cristino. *(Vase con Clarita por la primera izquierda.)*

LIBORIO Sí, sí... don... don... ¡Don Calabazas! Pero ¿cómo es posible que yo haya aguantao tanta impertinencia? Me está bien empleao. Por ablandarme, por haber hecho traición a mi carázter... Yo dije un día que no, y debí seguir diciendo que no aunque se hubiese desplomao el cielo sobre la tierra. ¡Que no! ¡Y que no!

(Sale FEDERICO por el foro.)

FEDE. Tío...

LIBORIO *(Cariñosísimo.)* ¡Sobrino de mi alma...! Digo, no... Espera, que no es esto. *(Procurando aparecer enfadadísimo.)* ¡Señor sobrino...!

FEDE. Pero, ¿cómo usted por aquí, por esta casa?

LIBORIO Mira, no me preguntes ná; porque más asombrao que tú estoy yo todavía.

FEDE. Dígalo usted francamente. Porque Agustina le ha revelado mi situación... mi situación falsísima.

LIBORIO Te equivocas. Agustina no me ha dicho ná. ¡Esto lo tenía yo descontao! Y con sólo fijarme en la cara de angustia que hoy tenía la muchacha, he comprendido que habías llegao al momento de cantar la gallina.

FEDE. Yo le suplico a usted que no me abrume con sus reflexiones. Sobre que lo pasado ya no tiene remedio, hacerme ver en este momento el lado triste de mi vida, es cosa cruel... Bueno, cruel, no... Inoportuna.

LIBORIO Dime... dime lo que quieras. Yo ya estoy curao de espanto. ¡Hay que ver las impertinencias que me ha dicho tu nueva familia! Pero, después de tó, ¿quién me ha llamao pa resolver este conflizto? Nadie. Resulta que me he metido en camisa de once varas. ¡Pos duro conmigo!

FEDE. ¡Tío, por Dios...! No me reproche en ese tono. ¿Quiere que le hable con el corazón en la mano? Yo estoy arrepentido...

LIBORIO ¿De qué?

FEDE. De no haber tenido entereza para imponerme.

LIBORIO Era difícil, hijo. El amor ciega a los hom-tres. El cariño cambia hasta los carázteres más firmes. Tú no podías hacer otra cosa que lo que has hecho. Ya ves si soy razonable que te disculpo.

FEDE. Usted es muy bueno, tío. Yo siempre lo dije.

LIBORIO Casi siempre.

FEDE. Ya sabía que usted no me abandonaría en el momento en que yo le necesitara.

LIBORIO ¿Luego tú has llamao a Agustina...?

FEDE. Con una esperanza muy grande... En medio de mi desaliento, al verme perdido, acorralado, una voz interior me decía que aguardase, que confiase... que en el mundo estaba alguien que podía salvarme...

LIBORIO Y no te engañaba la voz, no. Estaba don Cristino.

FEDE. Estaba usted.

LIBORIO Los dos. El de tanda, y yo de reserva. Bueno ,y ese don Cristino que yo no conozco, ¿quién es?

FEDE. Un hombre de negocios, amigo de mi suegro. El ha colocado una buena parte de mi dinero. Dice que muy bien.

LIBORIO Y puede que tenga razón. Muy bien colocao tu dinero. Pero, ¿pa quién? Bueno, ya está visto. ¿Recuerdas cuando, siendo tú chico, me acompañabas a ver algún *mobilario* que se vendía?

FEDE. Sí, señor; y recuerdo que usted, casi son fijarse, decía inmediatamente esa misma frase: «Bueno, ya está visto.»

LIBORIO Y no me equivocaba. Nunca he dao una peseta de más. De menos, muchas... Ahora, que esto es el comercio, ¿eh? Pos, chico, aquí como si fuese una almoneda. Esto ya está visto. Tu suegra acaba de decirme que ese don Cristino es el que te va a salvar. Y lo creo. Porque el tal don Cristino está obligao a restituirte unas pocas pesetas de las muchas que te ha... que te ha colocao. Esa *ación*, en estos momentos, es muy de estimar y borra toas las *sospicacias* que

pudieran brotar en tu corazón. Estás salvao, efeztivamente ,de momento. Pero aquí ha terminao el sacrificio de don Cristino, que ya no te dará ni una peseta más, *anque* te vea encaramao en la barandilla del Viaduzto.

FEDE. Entonces...

LIBORIO Entonces, sale el primer reserva, y pica. Entonces no tiés más que llamar al teléfono de tu tío... pero llamando a tu propio tío... y no tiés más que decirle: «Echele usted un salvavidas a este pobrecito náufrago.» Y yo te lo echaré de verdá, no por compromiso, como éste... como este caballero de hoy.

FEDE. ¡Ay, tío de mi alma! ¡Qué tranquilidad más grande me dan esas palabras de usted! ¡Y qué lección tan grande me da usted con ellas! Porque yo fuí un ingrato, lo reconozco... y no merezco que usted se porte conmigo como se porta.

LIBORIO Tú has pensao eso porque no contabas con mi corazón, que es la cosa más rara de este mundo. Como que yo tengo un órgano cardíaco a trasformación. Cuando se endurece, es piedra berroqueña, y cuando se ablanda, es carne de membrillo. Después de tu mala *ación*, yo me dije: «Este Federico ha terminao pa mí.» Y no te hubiera vuelto a hablar en mi vida si te hubiese visto rico, feliz, lleno de alegrías y de prosperidades... Pero me entero de que eres un desgraciao, de que tu porvenir es cá día más incierto, y aquí me tiés con el corazón trasformao. Ha llegao la evolución al membrillo.

FEDE. ¡Es usted muy bueno! ¡Qué mal le conocen los que le juzgan como un hombre frío!

LIBORIO ¿Frío yo, que me paso la vida echando chispas? A mí no me conoce nadie. Ya te he dicho que hay momentos en que me desconozco yo mismo. He venido a salvarte, después de haber dicho que no te salvaría. Me he encontrao conque no te hago falta... conque no te hago falta hoy. Y ya ves, ¡qué cambio! Me vuelvo a mi rincón lleno de contrariedá, porque hay otra persona que me ha evitao el disgusto que yo

venía a evitarme. Lleno de contrariedá, porque quería ser yo... yo... Y al mismo tiempo se lo agradezco, porque si yo no me hubiese enterao, y él no se hubiera prestao a salvarte... mírame cara a cara... ¿tú habrías tenido valor pa hacer frente a la situación...? No, no me contestes... Déjame con la duda... Por esa duda, no me he caído yo muerto sobre las piedras de la calle... Porque cuando venía pa acá, el corazón me se subía a la garganta, de la angustia que yo traía, y casi me ahogaba... Pero, al mismo tiempo, yo confiaba en tu valor, y me tranquilizaba, y el corazón volvía a su sitio... Y yo sonreía, halagao por la esperanza, y a la vez notaba que por encima de las rayas que dibujaba mi sonrisa en esta cara curtida por los años, iban resbalando unos lagrimones mu grandes... mu grandes... Y mientras reía y lloraba, le pedía a Dios que me dejase llegar hasta ti pa salvarte... Se lo pedía sin rezar... porque de oraciones he estao siempre en ayunas... pero ahora que te veo libre del peligro que yo temía, ahora que te estrecho entre mis brazos, se me ocurre una cosa, que quizá sea una oración... Gracias, Dios mío... Gracias... Por ti he conocido hoy una verdá, que saben mu pocos... La felicidá que ríe no es la verdadera felicidá... La verdadera es la que llora... Es la que llora... *(Pausa.)*

FEDE. Tío, ¿no se enfadará usted si le pido un favor?

LIBORIO Pide.

FEDE. Yo quisiera que anticipase usted los acontecimientos. Que hiciera un pequeño sacrificio, y que fuese usted quien me salvase hoy... como usted quería. Yo quiero agradecérselo a usted... a usted solo. Esto me dará una mayor fuerza moral ante mi nueva familia.

LIBORIO No te preocupes.

FEDE. Venga usted a mi despacho. Quiero que conozca todos los antecedentes y documentos del tal don Cristino. Por aquí.

LIBORIO ¡Vaya un comedor de postín que habéis comprao!

FEDE. Cuatro mil pesetas. Caoba maciza.

LIBORIO *Sos* han clavao. Es chapeá.

FEDE. ¡Quiá, no señor! Toque usted.

LIBORIO ¡Pero, so primo, si yo conozco el chapeao con el olfato! Esto es como el lujo de muchas gentes de levita, que por debajo llevan la camiseta remendá. ¡Tó chapeao, Federico! ¡Tó chapeao! *(Vanse por la derecha, Queda la escena sola un momento.)*

(Sale D. CRISTINO, por la segunda izquierda.)

CRIS. Ya está hecho el simulacro. Yo de aquí voy a salir a la vinagreta... Pero, entre que sí y que no, procuraré que caiga la alondra. El espejuelo es bastante reluciente. Veinticinco mil beatas.

(Sale CLARITA, por la primera izquierda.)

CLARI. Federico... ¡Ah! No está aquí.

CRIS. *(Aparte.)* (La alondra.)

CLAR.. Don Cristino, ¡cuánto me alegra volver a hablar con usté sin que nadie nos oiga!

CRIS. (¡Recaracoles!)

CLARI. Se trata de una necesaria rectificación. Usted quizá haya visto en mí una indiferencia injustificada.

CRIS. (¡Hola, hola!) Injustificada... Esa es la palabra.

CLARI. Que obedecía al recelo natural que hoy tiene toda mujer cuando la habla un hombre que no es su marido. Casi todos los hombres de ahora ofrecen poca solidez moral.

CRIS. La mayoría es que se dejan caer.

CLARI. Por eso el *flirt* es de un peligro enorme mientras no se tiene la certeza de la formalidad de la persona con quien se *flirtea*. Yo he reflexionado un poco sobre ésto y le he colocado a usted en la excepción. En el grupo, cada vez más pequeño, de las personas formales.

CRIS. Y no me concede usted más que justicia. Yo soy formal hasta la exageración... La quinta esencia de la formalidad. *(Aparte.)* ¡Es mía!

CLARI. *(Aparte.)* ¡Qué esfuerzo, Virgen Santa! Porque a cada minuto me es más antipático.

(Salen Sr. LIBORIO y FEDERICO por la derecha. Vienen hablando en voz baja y se detienen detrás del biombo.)

LIBORIO A lo mejor, ese don Cristino es un punto que va detrás de tu costilla.

FEDE. ¡No diga eso ni en broma!

CRIS. Clarita, ¡qué felicidad han traído sus palabras a mi corazón!

CLARI. Es usted un poco exagerado, don Cristino.

LIBORIO ¡Quieto!

FEDE. Pero...

LIBORIO ¡Quieto!

CRIS. Esos hombres frívolos, audaces, materialistas, nos perjudican a los hombres serios, comedidos, idealistas. No se puede medir a todos por el mismo rasero. Una cosa es el capricho y otra cosa es el amor.

CLARI. Pero, ¿qué dice usted?

FEDE. ¿Qué dice?

LIBORIO ¡Quieto!

CRIS. El amor verdadero de un hombre formal es la idealidad para una mujer bonita que se ha casado con un sér anodino.

FEDE. ¿Ha dicho...?

LIBORIO Sí; pero eso no es ná pa lo que yo le voy a llamar.

CLARI. Bueno, don Cristino; usté está de broma y...

CRIS. ¿De broma un hombre formal... tan formal como yo? En serio y muy en serio. ¿Por quién cree usted que aliento yo en este mundo? ¿Por qué cree usted que voy a salvar esta casa de la ruina que la amenaza?

LIBORIO Pero, ¡qué tío!

CRIS. No dude usted ni un instante. Voy a hacer todo eso por un ideal que me impulsa a dar mi fortuna, a dar mi vida si fuera preciso.

CLARI. ¡Don Cristino, por Dios!

LIBORIO *(Conteniendo a Federico.)* ¡Calma! ¡Bendito sea el que inventó los biombos!

CRIS. Yo había leído a través de las miradas de esos ojos de gloria que la indiferencia era aparente... que el corazón se hallaba interesado... Clarita, le voy a abrir mi pecho.

LIBORIO ¡Déjame! Que yo, en cambio, le voy a abrir la cabeza.

CLARI. Verá usted... (¡Qué violencia!)

CRIS. Ahora, ahora es cuando la felicidad ha entrado de verdad en esta casa. Ya terminaron los apuros. Ahora habrá riqueza de todo... Ahora habrá tranquilidad y amor. ¡Ahora!

LIBORIO ¡Ahora le daba yo una bofetá, que lo mondaba!

CRIS. Esto era lo que me faltaba, gloria de mi vida.

CLARI. Don Cristino, yo le ruego...

CRIS. ¡Calla, tonta...! No desperdicies la mejor ocasión de tu vida. ¡Alma mía! *(Intenta abrazarla. Clarita le da una sonora bofetada.)*

CLAR.. ¡Miserable!

LIBORIO *(A Federico con imposición.)* Tú éntrate ahí. ¡Vamos! ¡Te digo que vamos! *(Vase Federico por la derecha, empujado por el señor Liborio. Cuidese esta situación.)*

CRIS. Pero...

CLARI. ¡Miserable! *(El señor Liborio sale de detrás del biombo.)*

LIBORIO Un servidor se adhiere.

CRIS. *(Desconcertado.)* Pero, ¿qué ha sido ésto?

LIBORIO Ha sido una guantá.

CLARI. ¡Ay, qué vergüenza!

LIBORIO De vergüenza no hay que hablar aquí. Tú no tiés por qué avergunzarte, y el amigo este no tié con qué.

CRIS. ¡Oiga, señor mío! Pero, ¿usted quién es?

LIBORIO Yo soy... el alguacil de las moscas. Ordeno y mando. Coja su güito y lárguese de aquí antes de que yo le sacuda a usté dos o tres capones, porque es que se lo va a tener que poner con calzador.

CRIS. ¡A mí no me avasalla ningún ente ordinario!

LIBORIO Le azvierto a usté que dando manguzás un

servidor es extraordinario y fuera de abono. Conque, largo y ¡chito! Aquí no ha pasao ná... Pero como vuelva a abrir el pico delante de esta señora, ¡se lo cierro yo a usté por defunción!

CRIS. Sepa usted que yo soy un caballero.

LIBORIO ¡Música! *Amos*, largo; las visitas cortas.

CRIS. Y en todas partes se me considera y se me respeta.

LIBORIO ¡Música! ¡Pero, recascorro, que le he dicho a usté que largo!

CRIS. Ahora salgo, sí; pero algún día...

LIBORIO *¡Amos*, anda, *zingane!*

CRIS. *(Aparte.)* Después de todo, ha sido una solución. *(Alto.)* Muy buenos días. *(Vase por el foro.)*

LIBORIO Que te conserves, *Chuti.*

CLARI. ¡Ay, señor Liborio! ¡Qué rabia tan grande tengo! ¡Y qué bueno es usted y qué ciegos hemos estado nosotros! ¿Verdad que nos perdona usted? ¿Verdad que no sabrá nada Federico?

LIBORIO ¿Cómo que no? Federico debe saberlo tó.

CLARI. Es que antes yo le contaré a usted...

LIBORIO ¡A mí no tiés ná que contarme! No tiés más que responderme a una pregunta... Aquí, ¿quién va a mandar desde este momento?

CLARI. ¡Usted!

LIBORIO *Pos* ya está.

CLARI. Pero deseo que usted sepa que yo soy incapaz de nada malo, que yo quiero a Federico con toda mi alma, que yo voy a quererle a usted como usted se merece.

LIBORIO Está bien. Si yo lo sé tó eso... Pero no llores.

CLARI. Y no crea usted que yo hago esto por interés alguno... Yo de usted sólo quiero el perdón... Nada más que el perdón...

LIBORIO Si lo tiés... Si yo soy cruel, pero hasta cierto punto ná más... Y te juro que ya te he perdonao... Conque no llores... que vas a conseguir que yo también haga pucheros...

CLARI. Si es que no puedo contenerme... Si es que se me asoma el alma a los ojos.

LIBORIO ¡Recascorro! Lo mismo que a mí. Ahora, que

estoy temiendo que el alma se me convierta en una manga de riego. *(Se limpia los ojos con el pañuelo.)*

(Salen por el foro, D. ANGEL, AGUSTINA y NICANOR.)

AGUS. Tío... Tío... ¿Qué es eso...? ¡Ay, madre de mi alma, que ya no tié duda! ¡Que están llorando!

LIBORIO ¡Yo, qué voy a llorar! ¡Si es que me se ha metido una chispa del cigarro!

AGUS. ¿Dónde está?

ANGEL ¿Ha hecho el disparate?

NICA. ¿Respira todavía?

LIBORIO Pero, ¿qué diablo dicen ustés?

ANGEL Fuí a buscar a Federico al café, y me encontré con que se había marchado, dejando bajo sobre este papelito que me ha entregado el camarero.

LIBORIO *(Lee.)* «Me mato por cuestiones de familia. Que no se culpe a nadie de mi muerte.»

ANGEL Anonadado, no se me ocurrió otra cosa que ir a buscarle a usted.

AGUS. Nos enseñó el papelito.

NICA. Y, ¿pa qué?

ANGEL Venimos consternados.

AGUS. Angustiaos.

NICA. Conmocionaos.

AGUS. ¡Pronto! ¿Dónde está?

LIBORIO ¡Allí! Muerto...

LOS TRES ¿Qué?

LIBORIO De risa. *(A Clarita.)* Llama a tu madre. *(Se dirige a la derecha.)* ¡Federico!

CLARI. *(Se dirige a la primera izquierda.)* Mamá...

(Salen, FEDERICO por la derecha, y D.ª RAMONA, por la primera izquierda.)

LIBORIO *(A Federico, enseñándole el papel escrito.)* Ven aquí. ¿Qué significa esto?

FEDE. ¡Toma! ¡Que cambié los papeles! ¡Justo! Aquí está el que escribí después. *(Se registra los bolsillos y saca otro papel.)*

LIBORIO *(Lee.)* «He variado de pensamiento. Voy a hacer frente a mi situación. Como los hombres. Me vuelvo a casa.»

AGUS. ¡Ay, qué alegría! El Señor lo iluminó. ¿Me dejan ustedes que lo abrace? Como primo. *(Abaza a Federico.)*

NICA. Yo también. Como iluminao. *(También lo abraza.)*

LIBORIO Se han concluído las expansiones. Y ahora a lo práctico. Lo pasao a la historia. De los escarmentaos nacen los avisaos. S'ha acabao la fanfarria. Desde este momento entramos en lo positivo. La jaula dorá pa los pájaros raros. Ahora mismo liáis el petate y *sos metis* pa siempre en la pajarera de un servidor, donde no brilla ná, pero hay un diluvio de cañamones. Además, tié la ventaja de que como está escondida, no se fijan en ella los pajarracos de rapiña.

ANGEL Bueno; pero... ¿y los compromisos?

LIBORIO Un servidor corre con tó. Saldo por liquidación. A otra cosa.

RAMO. Pero, ¿y las acciones de don Cristino...?

LIBORIO *Malismas.* A otra cosa.

AGUS. ¿De modo, tío, que los primos vuelven a casa pa siempre?

LIBORIO Sí, señor. Y tú y ése, desde el mes que viene, pajarera aparte. Yo seré el padrino.

NICA. ¡Olé!

LIBORIO ¿Qué dices?

NICA. Que tenía usted razón. Que lo del ojo no era una lágrima. ¡Era una chispa!

ANGEL ¿De modo que esta casa se deshace?

LIBORIO Se desmorona. ¡Ah! bueno. Que yo me quedo con este comedor en treinta y cinco duros. A otra cosa.

FEDE. *(A doña Ramona.)* Se habrá usted convencido de que es un ángel.

CLARI. ¡Mamá, qué alegría tengo!

LIBORIO Ustedes creían que los iba a salvar el don... El don Fulano.

RAMO. Y los ha salvado el Señor. *(Señalando hacia arriba.)*

LIBORIO Baje la mano. El señor... *(Golpeándose el pecho.)* ¡El señor Liborio! *(Telón rápido.)*

FIN DE «EL SEÑOR LIBORIO»

3 0112 098523787

Farsas Teatrales de Pérez Capo

PRIMERA SERIE

N.º 1.—BENJAMIN URRUTIA
(Farsa cómica en tres actos)

» 2.—¡GUERRA A LOS SASTRES!
(Monólogo de hombre)
y LA CANARIERA
(Entremés de hombre y mujer)

» 3.—LA BRUTALIDAZ DE BRUTO
(Historieta cómica en dos actos)

» 4.—LAS VELETAS
(Sainete)

» 5.—LOS MORENOS
(Comedia cómica en tres actos)

» 6.—LOS CHIQUITINES
(Juguete cómico en un acto)

» 7.—¡YO NECESITO CASARME!
(Juguete de tres hombres solos)

» 8.—¡DÉJAME DE CUENTOS!
(Entremés de hombre y mujer)

» 9.—LA VENA DE PLATA
(Farsa cómica en un acto)

» 10.—EL DOCTOR CENTENO
(Entremés de cuatro hombres solos)
y LA PRIMERA CANA
(Monólogo de mujer)

» 11.—EL SEÑOR LIBORIO
(Comedia en dos actos)

» 12.—EL HOMBRE DEL DIA
(Comedia en dos actos)

Precio de cada número: UNA pta.

Pedidos a LIBRERIA MILLÁ - San Pablo, 21